

REVISTA
DE
CIENCIAS ECONÓMICAS

PUBLICACIÓN MENSUAL

DEL
Centro Estudiantes de Ciencias Económicas.

DIRECTOR:
ROBERTO GUIDI

AÑO II

NÚM. 23

MAYO DE 1915



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
1835 - CALLE CHARCAS - 1835
BUENOS AIRES

ALGUNAS CONSIDERACIONES

SOBRE LA LEY DE MALTHUS

La teoría de Malthus enuncia la tendencia de la población a aumentar en progresión geométrica, mientras que las subsistencias «bajo las condiciones más favorables a la industria humana» sólo aumentan en progresión aritmética, lo que dará por resultado un excedente de seres humanos que, excluidos del banquete de la vida, caerán en un grado de miseria y abyección tales que la existencia les será imposible. Pero, existen frenos preventivos y represivos que impiden que este mal adquiera graves caracteres: la abstinencia temporaria o permanente de la unión sexual, en vista de no engendrar una familia cuyo sostenimiento sería difícil, entre los primeros, y las ocupaciones malsanas, los trabajos excesivos, las epidemias, guerras, hambres periódicas, mala alimentación de los niños y demás calamidades que soporta la humanidad, entre los frenos represivos.

Esta teoría, que tanta fama ha dado a su autor, no porque ella sea la expresión exacta de una ley que no admita controversias en cuanto a los hechos en que se funda sino porque proporciona, gracias al ingenioso recurso de las series geométrica y aritmética, una fórmula sonora y de aparente mayor peso que un claro y detenido raciocinio, ha merecido de Stuart Mill el siguiente juicio: «un ensayo desgraciado, dando precisión a cosas que no la tienen». La teoría de la población, como dice Kells Ingram en su «Historia de la Economía Política», «fué presentada eficazmente por Malthus al espíritu inglés, no bajo el impulso de sim-

patías revolucionarias, sino en interés de la política conservadora».

Sabemos por la historia que «cuando Malthus escribió su ensayo (1798), la revolución industrial, debida al maquinismo, pesaba como una calamidad sobre la clase trabajadora de Inglaterra. La demanda de obreros era grande; pero no había ley alguna reglamentaria del trabajo, y las fábricas preferían las mujeres y los niños, sometidos entonces, sin restricción alguna, a la más bárbara explotación. El pauperismo alcanzaba proporciones colosales; los salarios habían subido un poco en los últimos años, pero los precios de los artículos mucho más. Del registro de los precios pagados en Greenwich de 1800 a 1820, se ha calculado que en Inglaterra durante ese período el monto de los salarios era al costo de los alimentos, como 55 es a 232,5. No es extraño, pues, que, sin profundizar mucho el análisis, llegara Malthus a conclusiones tan oportunas para calmar la ansiedad de las clases privilegiadas, quitando toda apariencia de razón a los anhelos populares de bienestar y justicia social suscitados por la Revolución Francesa, y expresados en Inglaterra en los elocuentes panfletos de Guillermo Godwin». (1).

A partir de esa fecha, la miseria tenía también su ley; ella quedaba explicada matemáticamente. Bastiat, uno de los economistas del siglo pasado aceptando en principio la teoría de Malthus, ha proporcionado un material valioso a la crítica contemporánea, escribe: «Si se metiere un millar de ratones en una jaula, con lo que necesitan cada día para vivir, a pesar de la fecundidad conocida de la especie, su número no podría pasar de mil; y si pasaba, habría, entre aquellos, privación y sufrimientos, dos cosas que tienden a reducir el número. En este caso, seguramente sería exacto decir que una causa exterior limita, no la potencia de fecundidad, sino el resultado de ésta. Habría ciertamente antagonismo entre la tendencia fisiológica y la fuerza limitante, de donde resulta la permanencia del número. La prueba es que si se aumentase gradualmente la ración hasta doblarla, se verían pronto dos mil ratones en la jaula» (2). El error de Malthus ha sido, entonces, el de equiparar al mun-

(1) Juan B. Justo.—Teoría y práctica de la historia, pag. 14.

(2) Federico Bastiat.—Armonías Económicas, pag. 397.

do a una gran jaula de hombres, en la que caería diariamente una determinada cantidad de alimentos, de manera que aconteciera lo que con la jaula de ratones de Bastiat: la limitación del número de individuos o el hambre y la miseria en caso de crecimiento. Pero el hombre se halla en condiciones bien diversas del pájaro o la rata encerrados en una jaula, que nada pueden hacer contra el destino que la fatalidad les ha deparado, porque vivirán hasta que haya quien lleve periódicamente el alimento que necesiten. El hombre, dominando y aprovechando cada vez más inteligentemente las fuerzas naturales para la satisfacción de sus necesidades — lo que constituye, en síntesis, el progreso — se halla en una situación completamente distinta a la de un individuo encerrado dentro de un marco estrecho, que ni siquiera puede intentar modificar. La técnica de la producción ofrece cada día nuevos campos a la actividad humana, que paulatinamente va obteniendo ventajas cualitativa y cuantitativamente, con menor desgaste de fuerzas, lo que permite a las clases más modestas de nuestra época, un nivel de vida, un «standard of life», como dicen los ingleses, que ciertamente no gozaban en los días de Malthus, clases más acomodadas de la escala social. Desde luego, la teoría que a Malthus le ha valido el epíteto de pesimista da la razón de la existencia de la miseria y la estrechez, en un orden de cosas fatal, a la vez que natural y humano. Henry George, en su célebre obra «Progreso y Miseria», hace un sereno análisis de la ley de Malthus y demuestra elocuentemente que «los hechos, ordenadamente expuestos en su apoyo, no la comprueban y las analogías no la favorecen» y que por el contrario «hay hechos que prueban que es falsa en absoluto». De la larga serie de argumentaciones que hace este autor, haré uso de algunas, muy pocas, por no dar a este trabajo excesiva dimensión.

Dice Henry George (3): «Lo que Malthus dejó de demostrar, nadie lo ha demostrado después. Se inspeccionará el mundo y se revisará la historia en vano, para encontrar algún ejemplo de un país importante en el cual la pobreza y la necesidad puedan atribuirse con justicia al exceso de una población creciente. Cualesquiera que sean los peligros

(3) Progreso y Miseria, pags. 97, 98, 102, 108 y 113.

posibles, envueltos en la facultad del hombre para multiplicarse no han aparecido nunca todavía. Sean cuales fueren con el tiempo, no ha ocurrido nunca hasta ahora que sea éste el azote de la humanidad. ¡La población tendiendo siempre a traspasar el límite de la subsistencia! Entonces, ¿por qué nuestro globo, después de tantos miles, y según ahora se cree, tantos millones de años de existencia del hombre sobre la tierra, se halla todavía tan poco poblado? ¿Cómo es, pues, que tantas ciudades en otro tiempo habitadas, quedan desiertas ahora, y campos antiguamente en cultivo se hallan cubiertos de maleza, y las fieras lamen sus cachorros en sitios antes muy frecuentados, por hombres activos? Que la población total de la tierra — agrega — sea ahora mayor que en cualquier época pasada, es una simple sospecha, una apreciación sólo conjeturable». Más adelante Henry George se ocupa de la población del continente americano y hace referencia a los imperios y grandes naciones «que habían hecho su carrera, que se levantaron y cayeron en *este nuevo mundo que es el viejo*», como lo atestiguan los restos encontrados en medio de los bosques tropicales del Yucatán, en las llanuras de los Estados Unidos y en los valles del Perú. Del mismo modo, el país del Nilo tuvo antiguamente una población muchísimo mayor que la actual, y en Asia Menor, en Siria, Babilonia, Persia, esto es, en la vasta región sometida por las armas conquistadoras de Alejandro, donde existían antes grandes ciudades y poblaciones crecientes, sólo hay ahora escuálidas aldeas y estériles desiertos. A continuación de los hechos generales ya citados, que parecen del todo incompatibles con la dominante propensión de los hombres a multiplicarse, el autor de «Progreso y Miseria» se pregunta: ¿Cómo es que se extinguen tan frecuentemente familias que no sufren necesidades? ¿Cómo es que si la Cámara de los Lores no decae de siglo en siglo, se debe sólo a los nombramientos de nuevas dignidades? Las hambres de la China y la India no pueden atribuirse, según lo demuestra Henry George algunas páginas más adelante, al «exceso de la población sobre la subsistencia». Más bien, tanto las hambres como la escasez y los vicios, «son debidos a la tiranía y a la opresión que impiden utilizar los conocimientos útiles y niegan la seguridad esencial a la producción».

Por otra parte Kells Ingram, en la obra ya citada, al historiar la teoría de Malthus, dice: «que la célebre proposición de que la población aumenta en razón geométrica y los alimentos en razón aritmética, es errónea por cuanto se ha demostrado concluyentemente no haber tal diferencia de ley entre el aumento del hombre y los seres orgánicos que forman su alimento».

El caso de Méjico, país que cuenta unos diez y seis millones de habitantes, cantidad ínfima para un suelo tan rico, nos enseña que las razones del estado de miseria de sus clases populares no pueden achacarse con justicia a un exceso de población. El doctor Esteva Ruíz, delegado confidencial del gobierno de Méjico ante el de nuestro país, que últimamente nos visitara con el objeto de agradecer la intervención del A. B. C., ha hecho las siguientes declaraciones a la prensa: «Los más afectados por esa depresiva situación social, ha dicho, refiriéndose a las condiciones de vida de las clases humildes mejicanas, son los indios, de los que, según el último censo levantado en 1910, hay seis millones sobre una población aproximada de diez y seis millones. El indio y las peonadas de las haciendas han aspirado y aspiran casi siempre a ser pequeños propietarios, a poseer aunque sea una insignificante parcela de tierra y a que se les haga justicia, y como nunca han logrado realizar estos ideales, los políticos ambiciosos se apoyan en esa enorme masa de población estimulando sus justas pretensiones para imponer su voluntad. De ahí nacen las revoluciones, una lucha fratricida tan sangrienta como se ha observado en muy pocos pueblos. Por desgracia las revoluciones han continuado y continuarán mientras no se reaccione socialmente, *librando a gran parte del pueblo de la servidumbre.*»

Sabemos que la naturaleza ha sido pródiga con el Paraguay; sin embargo, el nivel de vida de sus habitantes no es nada envidiable. La miseria es el estado normal de la inmensa mayoría del pueblo. Tampoco en este caso podrá decirse que ello sea el resultado de una población demasiado densa. Sin ir muy lejos, tenemos casos nuestros. El espectáculo que ofrecían hace algunos meses ciertas calles de Buenos Aires, con largas y compactas filas de seres humanos, sanos y robustos, aptos para el trabajo, esperando el

reparto de los platos de sopa de las cocinas populares ¿significaba acaso la existencia en nuestro país de una población tan densa que, según el enunciado de Malthus, diera origen a tal grado de miseria? ¿Cómo puede serlo si clamamos continuamente por una mayor y más densa población, que cultive las ricas campiñas del suelo argentino, y ponemos los gritos en el cielo cuando constatamos que la Argentina ha estado a punto de ofrecer espectáculos propios de un país de emigración (4). No he de indicar aquí por cuáles motivos un país tan rico como el nuestro haya ofrecido tal cuadro de pobreza y miseria, pero evidentemente ello no es debido a un exceso de población.

La naturaleza no es tan mezquina, como afirma acertadamente Henry George, que podamos atribuirle la responsabilidad de los vicios y calamidades provenientes de la miseria.

Después de un siglo de enunciada la ley de Malthus, se constata un hecho opuesto totalmente a sus profesías, y las estadísticas demuestran elocuentemente como la natalidad va disminuyendo especialmente en los países de Europa, desde unos cuarenta años a esta parte. Un grave problema social plantea este fenómeno, antitético de las teorías de Malthus. La preocupación de estos gobiernos no es por cierto la de poner un freno, un límite a la reproducción de la especie humana. Todo lo contrario.

En un trabajo publicado el mes de Enero ppdo. en el «Economiste Française», por P. Caziot, titulado «La depreciation de la terre et la depopulation» se pone en evidencia el fenómeno de la desvalorización de las fincas rurales en aquellos departamentos donde el número de habitantes

(4) Las informaciones de la prensa son explícitas a este respecto. Así en «La Vanguardia» del 16 de Abril p.pdo. podía leerse: «Del territorio del Chubut van a emigrar en estos días numerosos colonos. que, con sus familias, forman un núcleo de 95 personas. A estos se agregan todavía unos 80 peones solteros, y españoles en su mayoría. Estos emigrantes se dirigen a Australia, adonde se les ofrece condiciones de vida y de trabajo superiores a las de que gozan aquí». Y en la revista «Mundo Argentino» de fecha 28 del mismo mes, aparecía, bajo el título de «Efectos del mal gobierno», la misma información: «Veinticinco familias de colonos del Chubut han resuelto trasladarse a Australia, donde se les brindan facilidades de todo género para asegurar el fruto de su trabajo. Este dato ha sido confirmado por el gobierno del territorio»..

ha sido cada vez menor, y el mayor valor experimentado en los departamentos de población creciente. Dice Caziot: «El excesivo decrecimiento de la población es la causa principal de la depreciación sufrida por los bienes rurales en los últimos treinta años. Por lo tanto, puede afirmarse que el anormal decrecimiento de la natalidad francesa, nos cuesta una buena parte de los 35 mil millones de francos, que ha perdido en valor la propiedad rural desde los años 1879 a 1914». Finisterre y Morbilan, agrega más adelante, son los únicos departamentos que aumentaron el número de sus habitantes durante el período 1906-1911. El primero de 773.015, alcanzó a 795.103 y el segundo de 573.151 a 578.500. En estas regiones, el valor de los inmuebles ha ido creciendo desde el año 1879. En Finisterre el aumento fué de un 10 por ciento y en Morbilan de un 22 por ciento. Todo lo opuesto sucede en cambio en algunos departamentos del Sur, donde la desvalorización de los bienes rurales reviste el carácter de una *débaclé* inmobiliaria. Es allí donde la natalidad ha precipitado a cifras penosísimas. En el Gers, se registran cien nacimientos para cada ciento veintitrés defunciones, y en Lot, 100 y 130, respectivamente. Algunas localidades han visto reducirse desde 1891 en un 50 por ciento el número de sus habitantes. Los bienes rurales valen en estos departamentos, según cifras oficiales, de un 40 a un 62 por ciento menos, porcentajes que, según el autor citado, son inferiores a la realidad. Agrega el mismo: «Las familias de estos departamentos no han querido sino un solo hijo rico y este hijo único se ha encontrado en cambio más pobre. Si una familia poseía 100 mil francos en bienes rurales hace cuarenta años, su heredero no posee hoy más que 25 mil con los mismos bienes. Tres descendientes hubieran bastado para mantener una situación inmobiliaria sana, que habría permitido repartir aquel valor de cien mil francos». Este es otro caso que evidencia como a una menor población corresponde una pobreza mayor. Lo opuesto del enunciado de Malthus.

Entre los factores represivos que obran en la limitación de la población, figura, según Malthus, la guerra. Ella es la consecuencia fatal y necesaria de una población excesiva. Cuando el número de habitantes de dos países, por ejem-

plo, es exagerado, aparece espontáneamente el estado de guerra. ¿Es cierto esto? Estudiemos la actual conflagración que envuelve a los países más importantes de la Europa. Si la ley de Malthus es verídica, todos los estados en guerra debían encontrarse, al iniciarse las hostilidades, tan densamente poblados y con una escasez tal de alimentos que hiciesen necesaria la eliminación de los sobrantes, lo que no es así.

La población Europa no se extiende de una manera ilimitada. Demuestran lo contrario las cifras de la natalidad europea y las variaciones sufridas durante el período 1875-1912.

En la península escandinava, en 1875, la natalidad era del 31,3 por mil; en 1912 era de un 25 por mil. Para Inglaterra se registraba el 35,4 por mil en 1875 y en 1912 sólo alcanzaba al 23,9 por mil; disminución 32 por ciento. En Holanda la natalidad ha disminuido un 23 por ciento; en Alemania un 30 por ciento; en Austria un 14 por ciento; en Hungría un 20 por ciento; en Rusia europea un 7 por ciento; en Italia un 14 por ciento y en Francia un 26 por ciento, en el período indicado. (5).

A pesar de este fenómeno, es cierto que la población de Europa ha aumentado de 305 millones con que contaba en 1870, a 452 millones en 1912; pero ello se debe en gran parte al hecho de que la mortalidad ha disminuído más rápidamente que la natalidad.

No puede decirse que, tanto Alemania como Francia, Inglaterra y Rusia realizan la guerra porque es necesario limitar, mejor dicho, disminuir el número de sus habitantes. Ni siquiera se ha aludido a esto en todas las obras escritas sobre los orígenes de la presente guerra. Por el contrario, la relativa poca población de uno de los países beligerantes es motivo de serias preocupaciones para muchos autores.

Es sabido que la política económica de Alemania estribaba antes de la guerra en la aspiración de bastarse no sólo a sí misma, en todo orden de necesidades, sino también en acumular riquezas mediante la exportación de su enorme producción manufacturera. Rusia alimenta su po-

(5) Datos tomados de los «Aperçus statistiques internationaux» Sundbarg. (Estocolmo) 1908, pag. 77 y de las «Geographische Stat. Tabellen». Iuraschech, pag. 141.

blación entera y tiene aún un excedente de cereales que exporta a otros países.

Si fuese cierto que la población tiende a aumentar más rápidamente que los alimentos, todos los humanos, sin excepción, deberían procurarse, en una lid cruenta y brutal, el servicio militar obligatorio, que en Europa sustrae del trabajo e imposibilita para la labor de la producción a muchos. Estos últimos años ha dado en llamarse régimen de la paz armada, nos brinda un excelente campo de observación. El sustento cotidiano. Lo que no acontece.

Debe ser muy pródiga la naturaleza, cuando permite la existencia de seres que nada hacen para ello. Lo que en millones de hombres, que nada crean y que mucho consumen, así como la existencia de otra buena cantidad de clases parasitarias, ¿no demuestran que, de ser cierta la ley de Malthus, ese estado de cosas no hubiera podido existir? Cada día, en cambio, va afianzándose más. Los gastos improductivos, el enorme consumo que el régimen de los grandes armamentos impone ¿no comprueban claramente que la miseria, el pauperismo, etc., no son consecuencias de una población excesivamente densa, sino el resultado de un sistema que en estos instantes está haciendo crisis?

Las pestes que, de cuando en cuando, casi periódicamente diezaban a las poblaciones, constituyen para Malthus un inteligente regulador de la población: ¿cómo se explica entonces que los hombres, gracias a las conquistas de la ciencia, hayan logrado o estén en camino de lograr que ese flageo desaparezca por completo? Es evidente que si las pestes eran lo que más convenía para el bienestar de los hombres, éstos no se hubiesen preocupado de combatirlas.

Son interesantes, por otra parte, las observaciones efectuadas últimamente en Inglaterra por S. H. Halford, a la luz de las cifras estadísticas, sobre las relaciones de la cultura popular con la natalidad, fenómeno ya estudiado detenidamente por Bertillon, Booth y otros estadígrafos.

En cuatro ciudades, según los datos del censo del año 1911, Dulwich, Hampstead, Hornsey y Stoke Newington, en las cuales la cultura de las mujeres es general, la natalidad es del 15,7 por mil; en otras cuatro, Andley Staffs, Chester le-Street, Canning Town y Poplar, donde la cultura

femenina es más escasa, la natalidad es del 33,4 por mil, vale decir, más del doble.

Paralelamente al aumento de la cultura, durante el período 1904-1910, en Hampstead, Horsney y Stoke Newington, la natalidad ha disminuido del 20,5 por mil al 16,3 por mil. (6).

Este es un fenómeno de carácter general que Malthus no ha podido tener en cuenta al expresar su ley de la población, pero que es de suma importancia porque, si reflexionamos que la humanidad irá siendo cada vez más culta, la posibilidad del peligro de una excesiva población, aparte de los hechos ya referidos, se hará cada vez más remota.

Por lo expuesto, puede afirmarse con Henry George que: «los hechos expuestos en su apoyo no comprueban la ley de Malthus y, que, por el contrario, hay hechos que prueban que es falsa en absoluto».

ITALO LUIS GRASSI.

(6) «The Socialist Review», Enero 1915; cita de la «Rivista Popolare», de Napoleón Colajanni, Febrero 1915.—Nápoles.